



**UNIVERSIDAD CANDEGABE
DE HOMEOPATIA**

DISTANCE LEARNING UNIVERSITY

LEANDRO, UN HOMBRE DE AFUERA HACIA ADENTRO (1)

Buenos Aires ama sus bares, sobretodo aquellos que atesoran la fragancia de los primeros tiempos, los bares sencillos, míticos, despiertos.

Buenos Aires ama sus bares, ama la tibieza de sus salas y el murmullo oculto en el silencio cuando cierran sus puertas ; ama el rito de sus historias contadas como en secreto y el alimento de las experiencias compartidas, ama las notas dejadas al pasar en papelitos sueltos, ama a sus sujetos ávidos de aprender códigos nuevos.

Buenos Aires ama sus bares y sus oscuros rincones donde aguardan los duendes de los circunstanciales maestros; ama los diálogos y las discusiones que interrumpe el café del entretiempo. Ama a los exaltados, dueños siempre de la última palabra, a los introvertidos y a los tímidos que temen la crítica, a veces justa, otras sin piedad, a veces necesaria y otras inapropiada.

Buenos Aires ama sus bares y a su gente, a pesar de las injustas críticas y los incrédulos que observan desde fuera y no entienden sus encantos; ella ama sus bares porque son ellos los que enfrentan la aspereza cotidiana siempre atildados de fiesta, como si quisieran transmutar el dolor de los hombres con la esperanza que brota de sus verdades reveladas y del luminoso manantial de sus poetas.

Buenos Aires ama sus bares, los ama como una madre generosa y cándida que sale siempre al encuentro de las historias de su gente.

Una noche de verano, tiempo atrás, Leandro fue al encuentro de Alicia a quien no veía desde hacía más de trece años. Una repentina transpiración le enfriaba la frente. Observó la esquina, dudó y con un inadvertido temblor entró al bar. Lo acompañaban los fantasmas de una vida singular.

La familia recordaba que había sido un niño rebelde, pero inteligente: apelaba a su ingenio para no ser culpado por sus actos y salirse con la suya. No le gustaba perder y cuando sospechaba que no podría lograr sus fines, no se comprometía. Leandro era el “vivo” de sus hermanos. Podía exhibir una seriedad de conferencia o sonreír ingenuamente si la circunstancia lo requería; era a veces valiente, otras cobarde o se presentaba como un tímido o como un arrogante. Cada instante de su vida era un nuevo desafío y respondía a ellos con astucia e inteligencia. Tenía la rara habilidad de esconder sus defectos, incluso los físicos: pocos hubieran dicho, por ejemplo, que ese niño que ganaba las carreras pedestres con un pique corto y veloz era asmático. Corría sólo los cien metros, en las más largas abandonaba, culpando al cansancio muscular. En la pared de la cabecera de su cama, como acostumbaban las películas “yanquis” de los sesenta, lucía un cuadro con una fotografía en la que sostenía entre sus brazos una gran copa, bajo la leyenda que lo proclamaba “Campeón de la Olimpiada 1962”.

Era por entonces lo que se suele llamar un “winner”, un verdadero ganador.

La adolescencia lo encontró cosechando triunfos. Como era de talla pequeña se fortaleció muscularmente en el gimnasio y hasta se dejó crecer el pelo para ocultar el pabellón de sus orejas demasiado separadas. Era un gran conquistador. Las jovencitas, que entonces “morían” por él, se veían expuestas tanto a la seducción de sus encantos como a una cierta crueldad que le asomaba a veces.

Su familia no era adinerada. Como esa circunstancia lo inquietaba, desde muy temprano comenzó a trabajar en una empresa de servicios de la que años más tarde sería director. Le pesaba no haber seguido una carrera universitaria; sin embargo, ciertos cursos realizados en el extranjero, que presentaba en su currículo como “masters”, le bastaron para alegar una licenciatura de difícil alcance.

Leandro, según las circunstancias, era sumiso u hostil, callado o locuaz. A los veintiseis años se casó con Alicia, suficientemente joven, linda, tímida y enamorada como para manejarla a su gusto.

Tenía todo previsto y medido, nada escapaba de sus controles: *soy un tigre* – solía pensar de sí mismo- *lo de afuera debe estar perfectamente calculado para no fracasar...*

Algunos filósofos sostienen que el hombre es un animal racional, que posee un pensamiento (*nous*) y que se expresa mediante la palabra (*logos*). La existencia del pensamiento se manifiesta en la conducta y en el orden que crea a su alrededor, limitándose a percibir en la realidad sólo aquello que puede ver, oír y tocar. Pero el mundo, a su vez, tiene también su propio orden y el hombre se ve impelido a modificarlo para lograr sus propios fines. Así, para la mayoría, la vida se convierte en un continuo proyectarse desde lo más superficial de cada uno hacia lo más evidente del mundo, según cual sea la pasión que anima sus actos. Sin embargo, a poco de andar se hace evidente lo difícil de la tarea, ya que pronto la vida se encarga de abrir la sorda herida anidada en el fondo de toda conciencia. Si el fin de todo es la muerte, para qué el esfuerzo de la vida?

Leandro era un hombre de afuera. En su vacío adentro sólo existía un proyecto: ganar, ganar siempre y en todas las instancias de la vida.

A sus veintiocho años nació Magalí, su hija. Se desarrollaba con éxito en la empresa mientras Alicia cuidaba de su hogar. Disfrutaba de la vida como nunca lo había hecho; escondidos amoríos ocultos tras sus viajes laborales le facilitaban placeres en esa vida prolijamente planeada. Pero en una ocasión, cuando disfrutaba de las bondades de un hotel caribeño en buena compañía, recibió el llamado de su mujer: Magalí había enfermado y era imperiosa su vuelta. Leandro recordó la mirada triste de la niña de dos años, al partir, y el cuadro febril que había quedado a cargo de Alicia y el pediatra. Presintiendo que algo malo ocurría, emprendió de inmediato el regreso.

Una fuerza misteriosa, insensible y desprolija había roto ya la cadena de los éxitos: al llegar, Magalí había muerto de meningitis. Un año más tarde, las recriminaciones, las culpas y responsabilidades, incluso las traiciones descubiertas, asolaron la pareja. Todo condujo al lógico divorcio. La despedida fue triste y desconsolada, como las que son fruto del fracaso.

Leandro continuó con su estilo de vida, el único que conocía, el que de alguna manera lo tenía atrapado. Logró olvidar las tragedias vividas al punto que, tiempo después,

sus nuevas relaciones desconocían por completo las tristes circunstancias que habían rodeado su separación.

Ni la muerte posterior de su madre, ni la de uno de sus hermanos enlutaron su satisfacción por los progresos laborales, y la fascinación por las mujeres jóvenes que veían en él la imagen de un hombre triunfador. En esos años comenzó la hipertensión arterial que más tarde lo llevaría a la consulta homeopática.

El hombre, como la realidad toda, participa de un orden universal cuya finalidad trascendente depende de la participación colectiva. Así, como única creatura creada a imagen y semejanza de órdenes superiores, el hombre tiene la posibilidad de abrirse a la totalidad de lo existente. Ese don le permite tanto la elevación hacia los estados superiores de conciencia que habitan en su interior inteligible como el descenso hacia los diferentes grados de complejidad del universo inferior imantándose con el espíritu de los reinos naturales ¹.

El ser humano se abre a la vida en un estado de inconsciente desconocimiento. Confundido por las sensaciones que la influencia del mundo exterior despiertan en él, tiene de sí mismo una pálida imagen. Su vida sensible, sujeta a los órdenes inferiores de la realidad, desplegada en un modo característico de sufrir, lo induce a creer que lucha contra el mundo, contra esa exterioridad perceptible. Empero, su verdadera lucha es contra sí mismo, contra esa imagen que fue creando de sí.

Porque, como creatura, sometido tanto a leyes naturales que lo relacionan con el universo de lo sensible, como al flujo interior que desde lo más profundo le reclama un sentido de trascendencia, es gemelo de dos universos y como tal el único que puede y debe articular ambas realidades : *El hombre es tendencia y tensión hacia su plenificación y esta tendencia tiene como meta la personalización.* (Antón Pacheco).

El influjo divino que asoma en el interior de su conciencia no alcanza para lograr la total libertad que le permitiría desprenderse de la constitución sensible a la que está encadenado, pero, en cambio, es suficiente para que pueda desear el regreso hacia el orden primero, anhelar su

¹ Como lo atestiguan las patogenesias.

último destino: la personalización final como auténtico ser espiritual.

Leandro concurre al homeópata por su incontrolable y severa hipertensión arterial. La acción de los medicamentos alopáticos antihipertensivos le habían disminuido de tal modo la libido que ya le era imposible disfrutar de las relaciones sexuales.

A los cuarenta años, intactos sus deseos de triunfar, sus rasgos estaban endurecidos. Su constitución enferma, como antes, luchaba por tener todo bajo control, pero ahora sólo era aparente y perfectamente simulado.

De la lista de los síntomas que trazan el cuadro de la enfermedad dinámica conforme a la doctrina y al método de la Homeopatía Pura, se eligieron aquellos más característicos: los más históricos, los más intensos y los más modalizados: *Mejoría por la ocupación, Sueña que lo persiguen, Transpiración fría en la cara y frialdad en el pecho.* Entre los medicamentos candidatos que surgieron en la repertorización fue *Veratrum album* el que mejor trazaba el plan, la imagen en la que la totalidad de los síntomas caracterológicos, modalizados y auxiliares se combinaban lógicamente en un todo armonioso y consistente que tenía forma, coherencia e individualidad (Stuart Close).

Kent enseñó que el camino de la enfermedad crónica requiere que sea primero la voluntad la que espeje el desequilibrio de la energía vital y que luego lo haga el entendimiento. De Swedenborg nos transmitió que el hombre es un ser que se realiza de arriba hacia abajo, de adentro hacia fuera y que se desarrolla desde las instancias más profundas hacia las más superficiales. Y nos dijo también que la fuerza vital inmaterial, sustancia simple o *conatus* que lo anima emana de un principio que llega hasta los confines de todo lo existente y se repliega, de tal modo que todo tiende nuevamente hacia el Creador.

De ahí que la ley de curación comience cuando amanece en la mente del paciente un nuevo entendimiento, una nueva comprensión que influye en su voluntad para ponerla al servicio de los fines trascendentes.

Es así como alguien que se está curando homeopáticamente comienza por comprender mejor la

realidad existencial en la que se halla inmerso. Surge en él un sentimiento distinto que lo conduce a acercarse a otros valores que van a condicionar su “uso”- según palabras de Swedenborg- es decir su actuar en el mundo. Diferente va a ser la mirada con la que descubra la realidad sensible y a sus prójimos, pero, fundamentalmente, distinta va a ser su comprensión de lo inteligible y su necesidad de lo “divino”.

En el corazón de un hombre que se está curando con el tratamiento homeopático debe aparecer un estado suficiente de paz que le permita abrirse a un sentimiento de gratitud por la vida. Tal vez entonces, progresivamente, retorne a un estado de salud plena que restituya el flujo luminoso y vital que armonizará su organismo y transformará su conciencia religándolo al todo.

Enseñó el maestro Paschero que *el ser humano necesita expandirse, salirse de sí mismo, hacer algo, cada vez más por sus semejantes, integrarse en la unidad del mundo, vivir su propio yo en el otro, encontrarse a sí mismo en la realidad afectiva de los demás, ser útil y ocuparse de algo que no sea exclusivamente el propio yo limitado, para hallar el sentido de su existencia...y a esta conversión se le debe llamar ley de curación*²

Leandro presentó un ligero bienestar en los primeros tiempos de su tratamiento. Al cabo de unos meses había armonizado su presión arterial y pudo abandonar los medicamentos antihipertensivos. A ocho meses del inicio, un episodio de fatiga respiratoria, reaparecida durante unos días evidenciaban el cumplimiento de la ley. Fue llamativo su cambio de actitud vital que lo llevó a interesarse en los problemas de sus empleados y sus vecinos y lo condujo a recomponer la relación con su familia, ocupándose por primera vez de la soledad de su padre.

Poco a poco nació en Leandro avidez por otros valores, aprovechando la tregua dada por el *simillimum*. Una noche de esas que iluminan la vida, releyó la carta que Alicia le había dejado al despedirse trece años antes. Sintió una desconocida emoción. Y lloró por primera vez, por Magali, por el fracaso de su matrimonio. Surgió en él un nuevo e ignorado deseo de volver...

² Tomás Pablo Paschero. *Homeopatía* Ed. Ateneo 1973

Buenos Aires ama sus bares y a su gente. Ama las ignoradas victorias de los que se levantan del fracaso, ama las reconciliaciones y a los que no esconden su alegría por el reencuentro.

Buenos Aires ama sus bares, como la Homeopatía ama sus congresos, sobretodo aquellos que atesoran la fragancia de los primeros tiempos, los congresos sencillos, míticos, despiertos.

La Homeopatía ama sus congresos, ama la tibieza de sus salas y el murmullo oculto en el silencio cuando cierran sus puertas; ama el rito de sus historias contadas como en secreto y el alimento de las experiencias compartidas, ama las notas dejadas al pasar en papelitos sueltos, ama a los ávidos por aprender códigos nuevos.

Ama los rincones donde aguardan los duendes de los circunstanciales maestros; ama los diálogos y las discusiones que interrumpen el café del entretiempo. Ama a los exaltados, dueños siempre de la última palabra, a los introvertidos y a los tímidos que temen la crítica, a veces justa, otras sin piedad, a veces necesaria, otras inapropiada.

La Homeopatía ama sus congresos y a sus médicos, a pesar de los incrédulos que observan desde fuera y no entienden sus encantos; ella ama sus congresos, como ama Buenos Aires sus bares porque son ellos los que enfrentan la aspereza cotidiana siempre atildados de fiesta, como si quisieran transmutar el dolor de los hombres con la esperanza que brota de sus verdades reveladas y del luminoso manantial de sus poetas.

(1) Trabajo presentado en el Simposio de Homeopatía. Buenos Aires año 2001